Lo encontraron una mañana de domingo, con la llovizna pegada a la piedra y olor a carbón mojado. Yacía en la calle de los Mártires, a mitad de calle, boca abajo, la mejilla aplastada contra el empedrado. El organillo se había quedado de costado, con la manivela hacia arriba, como un brazo que pide auxilio. Nadie se acercó a tocarlo. Desde las ventanas asomaron mantas y cabezas. Abajo, los de siempre: uno que vende tabaco flojo, otro que todo lo sabe, una mujer que se persigna sin ganas.

Yo me quedé bajo el alero del taller, con las manos negras de pegamento. El zapatero viejo me había mandado barrer el portal a primera hora, y no tuve prisa por acabar. Reconocí la chaqueta del muerto —paño verde, raída en los codos— mucho antes de que llegara la patrulla. El comisario Álvarez vino sin paraguas, el abrigo oscuro y el bastón de siempre. Miró el cuerpo un instante, como si confirmara un inventario atrasado, y dijo:

—Robo.

No lo fue. No porque yo viera otra cosa, sino por el modo en que lo decretó. Alguien que dicta la causa de la muerte como quien dicta el precio del pan ya trae la respuesta hecha. Un guardia levantó el organillo dos dedos y lo dejó caer. El golpe sonó hueco. Un mozo de la taberna trajo un mantel para cubrir la cara del extranjero, pero el comisario le indicó con el bastón que lo echara sobre la espalda, no más. Se formó un charco alrededor. Nadie lloró, nadie gritó; tampoco era cosa de lágrimas. La gente se fue retirando, y la calle quedó con ese silencio flojo de las cosas que ya no tienen remedio.

—A trabajar, chico —me dijo el zapatero—. Esto no es de nuestra cuenta.

Asentí. Pero no me moví. Llovía fino y el agua corría por los surcos del empedrado. A un lado, una mujer decía que al extranjero lo habían visto borracho la noche anterior, que si se habría metido donde no debía; otro respondió que a los forasteros siempre les pasa lo mismo: no conocen las esquinas a las que conviene darles la vuelta. El comisario, sin prisa, ordenó subir el cuerpo al carro y dio media vuelta. Antes de irse, apoyó la punta del bastón en la madera del organillo y lo empujó un poco, con curiosidad de gato. Luego se fue sin más.

Cuando se lo llevaron, el agua limpió lo que quedaba. Yo seguí allí, con la escoba en la mano, mirando el hueco como si ahí pudiera leerse algo. Sentí la tentación de acercarme a la madera y darle a la manivela para arrancar un último vals, por probar si la música podía explicar lo que la gente no decía. No lo hice. Volví a mis labores. A mediodía ya corría la versión buena: robo, taberna, pelea, un empujón. Por la tarde, la historia estaba cerrada. En el barrio, los muertos ajenos se digieren deprisa.

Lo llamábamos a secas “el napolitano”. Decían que era de Nápoles porque, cuando pedía pan, decía *pane* y cuando le dieron vino por primera vez dijo *buono* con la *o* demasiado redonda. No sé si era de allí. No hablaba casi nunca. Saludaba con la cabeza, tocaba y tiraba. Lo veíamos a las cinco, como las campanas, con el organillo cruzado a la espalda, la manivela envuelta en un trapo y la chaqueta verde bien abotonada aunque no tuviera botones en la mitad. Tocaba siempre el mismo vals. No faltaba ni un día salvo cuando llovía a plomo. Entonces se metía bajo la arcada del mercado y seguía dale que dale, hasta que alguien le echaba una moneda por compasión a la insistencia.

El vals se me metió dentro sin pedir permiso. Desde el taller, con el martillo y las tachuelas, yo marcaba el compás en la mesa. El zapatero decía que el organillo le envenenaba la cabeza, que le

dañaba el oído para el trabajo fino. A mí no me importaba. Cuando el napolitano se alejaba calle arriba, yo seguía oyendo la melodía como si la madera del banco hubiese aprendido a repetirla. Había en esa música una tristeza que no lloraba, y eso me gustaba. No sabía de notas ni de términos de músicos, pero sí sabía cuando una nota faltaba o cambiaba; el oído no se aprende en los libros.

A veces, cuando el napolitano pasaba más despacio, yo me asomaba al portal y caminaba unos pasos detrás, sin que me viera, como los perros que siguen a quien les da de comer una vez. No lo hacía por cariño ni por lástima; era otra cosa: quería ver de cerca cómo su mano repetía una y otra vez el giro exacto, el modo en que el cuerpo se inclinaba cuando subía el aire de la melodía y se recogía cuando bajaba. Nunca cambió de canción. En eso había un consuelo.

Yo también me considero músico. Tenía un violín que saqué de un cajón de madera en una trastienda donde guardaban cosas empeñadas y otras que no eran de nadie. El dueño del tenderete me lo puso en la mano una tarde, por ver si se lo compraba.

—Roto, pero suena —dijo.

No llevaba dinero. No tenía intención de comprar nada. El hombre me dejó tocarlo un momento, y yo hice como que sabía. No sabía. El arco crujió como una cuerda vieja y salió un ruido de gato. El tendero se rió y me lo quitó. Volví al día siguiente, y al otro. El tercer día, me lo escondió detrás de una pila de periódicos viejos.

—Si sigues viniendo, lo vas a acabar de reventar. Llévatelo, anda. Págame dos duros en algún momento de tu vida y estaremos en paz.

No se los pagué. Tampoco lo devolví. Fue un robo a plazos. El zapatero se encogió de hombros cuando me vio llegar con el estuche bajo el brazo.

—Para lo que te va a servir —dijo—. Que no se te olvide coser.

Aprendí tocando. No había nadie que me enseñara, y tampoco lo pedí. Me sentaba por las noches, en el escalón del patio, y buscaba con el arco un sonido que se pareciera a lo que tenía en la cabeza. Cuando lo encontraba, me quedaba ahí, repitiéndolo hasta que la mano aprendía el lugar. Luego iba a por la siguiente. A base de equivocarme, el violín empezó a obedecer. No para canciones enteras, no para públicos, pero sí para mí. Y a fuerza de escuchar a un violinista de una orquesta ambulante nombrarlas para afinar, aprendí las notas.

El napolitano me servía de maestro sin saberlo. Copiaba su vals de oído. Cuando él pasaba, yo escuchaba dónde respiraba la música, en qué compás se apretaba y en cuál se soltaba. Por eso, cuando cambió de melodía, lo supe al momento. Pero faltaban días para aquello. Entonces el violín era un secreto. Yo no tocaba cuando había gente. Si alguien me oía, dejaba el arco en el aire hasta que se cansaban de estar pendientes. Tocar era, más que música, una forma de pensar. Un día, afiné lo justo y saqué la primera frase del vals. No era idéntica, pero lo suficiente para que el zapatero levantara la cabeza y dijera:

—No me fastidies, chico. Ahora lo voy a tener que oír aunque el napolitano no toque.

Tenía razón.

El lunes siguiente a esa noche, el napolitano no tocó. Pasó, sí, con el organillo, pero la manivela dormía, sujeta con el trapo. Llevaba la chaqueta muy cerrada y la gorra más baja. No miró a nadie.

A la puerta de la taberna del Pajarito, el tabernero le dijo algo en broma; el napolitano no se paró. El tabernero se quedó serio. Las bromas tienen un peso que se nota cuando no encuentran suelo.

En el barrio se cuentan las cosas a medias y con retraso. El Pajarito cerraba tarde. Aquella noche hubo redada: dos guardias, un cabo y el comisario. Buscaban a un hombre que vendía tabaco sin sello y se pasaba de listo con las chiquillas. Lo encontraron. Lo sacaron a la calle a empujones. Alguien dijo que el hombre les escupió. Alguien más dijo que llamó perro a uno de los guardias. Hay palabras que, por sí solas, hacen daño. En cualquier caso, el comisario se lo llevó calle abajo, hacia la esquina oscura. No hubo testigos declarados. Tampoco hubo parte.

Lo que sí había era el napolitano en un portal, con el organillo al costado, encogido para no mojarse, esperando que escampara. Estaba a diez pasos de la esquina. Oyó el ruido —un golpe seco, luego otro, luego un tercero— y el murmullo que todo lo tapa: "circule". No entendió las palabras, pero sí la música. Cuando el comisario y los suyos volvieron, pasaron tan cerca que pudieron haberle pisado el pie. Él bajó la cabeza como quien no quiere meter la suya en asuntos de otros.

Esa misma noche, el napolitano fue al cuarto donde dormía, una buhardilla alquilada con un colchón corto y un puchero. Al día siguiente, sacó el organillo a la hora de siempre, pero al llegar a la esquina del Pajarito se dio la vuelta. Tocó en la calle de los Mártires, lejos de la taberna. Y allí se quedó, como quien elige su destino a conciencia: donde todos pueden verlo y nadie lo protege.

El cambio de notas lo entendí yo solo. No porque tuviera don alguno, sino porque me sabía el vals como quien se sabe el propio paso al subir la escalera. El napolitano tocaba, y cuando iba a llegar el final, en lugar de las tres notas de siempre, dejó tres distintas. No eran adornos ni fallos: eran notas exactas, metidas con regla. La gente no se fijó. Un hombre dijo que el organillo andaría otra vez estropeado. Una mujer comentó que el extranjero ya no era el de antes. Yo no dije nada. Esa tarde, cuando volví al taller, tenía las tres últimas notas rodándome por dentro, como canicas.

Por la noche, saqué el violín. No para tocar, sino para buscar. Empecé por el principio, con la torpeza de costumbre. Llegué al final, al sitio donde el organillo siempre cerraba con tres notas de golpe: una que cae, otra que recoge, otra que deja todo en su sitio. Intenté ponerlas. No me salieron. Puse el arco en el aire y conté los cambios con el cuerpo: uno, dos, tres. ¿Qué nuevas notas eran? Hice lo que hacía siempre: probar y equivocarme. La encontré al tercer intento. Sonaba a final de verdad. Era un 'si'. La que le sigue, si uno viene bajando, es 'la'. La última, 'do', porque el cuerpo pide suelo. Me quedé ahí, con esas tres en los dedos, repitiéndolas como un rezo.

En la zapatería no había papel pautado, y yo no sabía escribir música. Pero sí sabía esto: si–la–do. No por ciencia, sino porque el oído manda cuando no hay nadie que te diga otra cosa. Al día siguiente, el napolitano repitió el cambio de notas. Yo repetí el ejercicio por la noche y confirmé lo mismo: si–la–do.

Tardé otro día en acordarme de que los alemanes, los de los órganos, las ponen con letras. No lo supe por libros, sino por haber mirado una vez, en el saco de un afinador, una tablilla con las equivalencias: A es 'la', B 'si', C 'do', y así. Si–La–Do: B–A–C.

No soy de pensar grande. No soy de pensar deprisa. Pero esa tarde las letras se pegaron una a otra sin pedirme permiso. B. A. C.

Volví a escuchar el final del vals decenas de veces, en mi cabeza y con el violín. El napolitano no improvisaba. Lo había decidido. Si pudo hablar con alguien, no fue conmigo. Conmigo, no habló nunca. Pero me habló así, con esos cambios. Tres notas distintas puestas donde más se escuchan.

El cambio en el vals trajo otro cambio: él. Ya no se movía como antes. La manivela le temblaba un poco al principio y luego iba a ritmo. No miraba a la gente, miraba la esquina. Siempre la misma. El Pajarito empezó a tener la puerta más cerrada; el tabernero, menos bromas. El comisario pasó por allí dos veces esa semana y no se paró, pero lo vi de lejos, y vi que el napolitano dejaba de tocar cuando el abrigo negro entraba en la calle. No era un silencio cualquiera. Era como apartar el pan cuando entra el gato.

La tarde anterior a su muerte, tocó menos. También llovía. La gente pasaba deprisa y no le echaban nada. Nadie echa monedas cuando tiene prisa. Yo me crucé con él a la altura del portal y nos miramos un instante, o eso quise creer. Sus ojos eran claros, cansados, con esa claridad que tienen los que duermen mal. No me dijo nada. No le dije nada. Quise pensar que esas notas eran para mí, pero eso son fantasías de quien quiere ser algo en una historia que no es suya.

Por la noche, volví a tocar el final en el violín. Si–La–Do. B–A–C. No puedo explicar lo que sentí: no fue miedo, no fue coraje; fue una especie de punto y aparte sin palabras. Supe que aquello no iba a acabar bien. Tampoco iba a acabar de otro modo. No hice nada. ¿Qué iba a hacer yo, con dieciséis años y las manos llenas de pegamento?

La mañana del domingo lo sacaron con el mismo cuidado con que se saca un saco de carbón: sin mirarlo mucho. Lo subieron al carro, tapado a medias, y se lo llevaron por la calle de los Mártires hasta el depósito. Dicen que a los muertos les pesa el doble la lluvia. El organillo quedó en el suelo un rato, hasta que vino un municipal a llevarlo quién sabe dónde. Yo estuve cerca, lo bastante para escuchar el golpe de madera al subirlo también al carro. Sonó tres veces, como si el mundo se burlara de mí.

El comisario dijo robo por costumbre y nadie discutió. No hubo preguntas. No hubo visita al Pajarito. No hubo nada. El barrio siguió al día siguiente con sus cosas: la leche aguada, la carne recalentada, el tabaco flojo. A media tarde, alguien comentó que el extranjero era un borracho y que era de esperarse. Lo malo, en el barrio, siempre es de esperarse.

Yo quise quedarme con el ruido. Volví al violín y repetí el final hasta que los dedos se me cansaron. Si–La–Do. B–A–C. ¿B–A–C? Lo repetí diez veces más, con mis manos y el arco temblando, para asegurarme de no estar loco. Y entonces lo vi claro: Bartolomé Álvarez Cifuentes. El comisario. El mismo que apareció con su abrigo oscuro y su bastón, diciendo “Robo” como quien dice Lunes.

No había equívoco posible. Tenía la certeza de los que no precisan ver el certificado. A esa certeza uno la llama muchas cosas cuando crece; pero por entonces yo no tenía palabras para ello.

Días después supe el resto, a mi manera, por terceras personas. El vecino de al lado de la zapatería, la lavandera que recoge chismes, el mozo que limpia vasos. Por ellos supe que el contrabandista de tabaco al que había ido a buscar la policía aquella noche, había aparecido en el río, aguas abajo, con los bolsillos llenos de piedras para que dejara de flotar. Supe también que al comisario lo habían felicitado sus superiores por haber metido en vereda a la taberna del Pajarito. Supe que el napolitano había pasado por la plaza la noche de la redada y que un guardia le había dicho “circule” bajo la atenta mirada del comisario. Aunque posiblemente él no circuló del todo y vio lo que ocurrió. Todo encajaba. Todo era inútil.

No busqué papeles, ni testigos. No hablé con curas ni con abogados. No hay abogados para estas cosas. En la zapatería no se hablaba de muertos. Las suelas mandan, las vidas se pisan como se pisa la cola de un gato que no es de nadie. Yo podía haber ido a la comisaría y decir: si–la–do. B–A–C. Pude haber dicho que el final del vals señalaba a un hombre con apellidos y con bastón. ¿A quién le habría importado? ¿Qué policía iba a oír a un aprendiz que tocaba un violín casi robado por las noches y arreglaba zapatos por el día? Había, además, otra cosa: no quería que aquello fuera un motivo para que me arrancaran algo. Hay cosas que, si las nombras donde no toca, se te marchan. Y yo no iba a quedarme sin mi violín.

No sé cuándo entendí que el napolitano sabía que lo iban a matar. No sé si alguien sabe eso. Lo que sí supe es que él sabía que no podía decirlo. No tenía idioma. Sólo tenía su música. Puso las tres notas al final porque ahí las oye cualquiera que tenga oído, aunque no entienda de compases ni *tempos*. El *si* pide el *la*, el *la* pide el *do*. Y juntas tienen firma si uno se toma la molestia de traducirlas.